

La salida democrática

NICOLAS LYNCH

El problema central de la izquierda, en particular la dirección nacional de IU, es cómo enfrentar al belaudismo. Artículos y revistas sobre el tema proliferan de nuevo y es posible captar entre ellos cierto tufillo de añoranza.

En busca del tiempo perdido

Se extrañan esas masivas demostraciones de fuerza y esa gran movilización sindical que puso a la defensiva al gobierno de la segunda fase. Se extrañan las multitudes, las calles, la "acción directa". Parece que todo lo que hubiera fracasado en el período anterior hubieran sido los dirigentes que no pudieron ponerse de acuerdo para conformar una lista unitaria y llevaron a que ARI volara por los aires.

No se asume la derrota o se la achaca únicamente al canibalismo de las cúpulas, que lo hubo y a pastos, sin ver las características del auge popular que la precedió. Conforme se va tomando distancia de los acontecimientos, aunque todavía los años son pocos, van quedando claros los rasgos centrales del período 76-80: auge gremial y espontáneo con una participación popular sin precedentes, y un conjunto de partidos de izquierda que con mayor o menor suerte se hicieron presentes en la lucha. Lucha formidable, pero que no superó el espontaneísmo ni los límites del gremio, no alcanzó a ser, en el mejor sentido de la palabra, política ni plenamente nacional. La ruptura de ARI y la derrota electoral de mayo del 80 fueron la expresión de estas dificultades. Entramos pues al período belaudista derrotados políticamente, con una derrota táctica, cierto, pero de proporciones, porque frente a nuestra incapacidad para resolver el período anterior a favor del pueblo, se produjo el recambio burgués en su alternativa más consecuentemente anti-militarista.

La conciencia de la derrota es importante, más que por masoquismo porque estar claros al respecto permite ponerse en condiciones de remontarla, no tan solo "corrigiendo un error", sino cuestionando las concepciones ideológicas y políticas de la izquierda en ese período.

Las condiciones del belaudismo

Las actuales condiciones de la política desubican a una izquierda acostumbrada a "coordinar" la lucha gremial y conducir el movimiento a la táctica del choque frontal. El nuevo margen de juego político y las múltiples mediaciones que significan la institucionalidad constitucional, permiten al belaudismo

un manejo de la correlación social de fuerzas cuyos efectos no habían sido vividos ni previstos por una izquierda que en su mayor parte entró a la política bajo la dictadura militar. Esta desubicación viene a sumarse a la derrota con que las fuerzas de izquierda ingresaron al nuevo período táctico, conduciendo al repliegue vivido en los primeros dos años de gobierno del accio-pepecismo.

Sin embargo, la administración de la democracia burguesa por Belaúnde y sus amigos viene resultando nefasta. Esta democracia de escógidos, restringida estrictamente a las instituciones y espacios oficiales, es la que agudiza el deterioro de la vida política del país, llevando paso a paso a una crisis política en la que nuevamente estará en juego el problema de la democracia. El gobierno por un lado buscando restringir más y más los márgenes del juego democrático y la oposición enfrentando esos intentos. Ahora bien, la calidad de esta oposición dependerá de la actitud de la izquierda, particularmente IU, frente a la lucha democrática. De continuar el actual abstencionismo lo más probable es que el APRA con sus propios estilos y objetivos sea el nuevo abanderado de la democracia, cabeza de la oposición y pieza de recambio.

Por una nueva entrada a la lucha política

Por ello es urgente que la izquierda procese una nueva entrada a la lucha política. Rompiendo con el economicismo en la acción, con el dogmatismo en lo ideológico, con la tentación del estrecho círculo de entendidos, se decida a jugarse a fondo, haciendo política en la escena nacional. Lo que no se traduce necesaria ni únicamente como escena oficial, parlamento o legalidad burguesa, tal como algunos ojos miopes gustan ver, sino como la capacidad de acumular fuerzas provenientes de los distintos planos en que se da la lucha política: las calles, el campo, los gremios, los frentes regionales, el debate periodístico, el parlamento, etc. La posibilidad de alcanzar una síntesis de la lucha que se da en estos diferentes niveles para trabajar un cambio en la correlación global de fuerzas es lo que significa hacer política en la escena nacional. Privilegiar algún plano en desmedro de otro será siempre abordar la realidad en forma sesgada y caer consecuentemente en alguna desviación, o reformismo o economicismo, lo que nos retrasará gravemente en el camino hacia el poder.

Esta nueva entrada a la lucha po-

lítica no puede ser otra, hoy, que la necesidad imperiosa de darle una salida democrática a la crisis que se avecina. Salida que implica defender y ampliar los propios espacios democráticos que las organizaciones de masas han conseguido en estos años, así como también defender las libertades democráticas que el pueblo arrancó en su lucha contra la dictadura militar, algunas de las cuales están plasmadas en la propia institucionalidad burguesa. La consecuencia de la izquierda para hacer cada vez mas poderosos estos distintos espacios de ejercicio democrático debe ser la base para apostar a ganador, primero en las elecciones municipales del 83 y luego en las generales del 85.

El sólo mencionar elecciones como objetivo político es algo que todavía escarapela a más de uno dentro de la izquierda. Pero el apuntar a conseguir victorias en el ámbito electoral no es sino el corolario de la experiencia democrática de masas que se pretende. La necesidad de recorrer el itinerario de la actual legalidad burguesa para conformarse como voluntad histórica alternativa y superarla por propio convencimiento práctico.

Además, hacer una experiencia democrática de masas no tiene por qué significar, y menos en un país con tan poca tradición democrática como el Perú, una práctica política que sólo busque desarrollar mecanismos de consenso que se limiten a lo que el belaudismo entiende como espacios democráticos. Por el contrario se trata de desarrollar una práctica que combine el aliento de las organizaciones de base con la plena y eficaz utilización de la democracia representativa. Es artificial la oposición que hoy algunos pretenden montar entre ambos planos, la validez de cada uno de ellos depende de la conciencia de los actores políticos no de la subjetividad de los inventores de las fórmulas. Por ello, teniendo en cuenta el giro excluyente que adopta el segundo belaudismo, lo más probable es que la ruptura revolucionaria provenga de una quiebra del orden constitucional por la propia burguesía, que lleve al pueblo a desarrollar el camino de la revolución defendiendo la democracia.

En estas condiciones, persistir en el abstencionismo, es persistir en el pasado, que ya tiene suficiente ejemplo con Sendero Luminoso. La salida democrática implica en cambio pugnar por ponernos a la cabeza de la oposición, teniendo como perspectiva evitar un nuevo recambio burgués como el que se produjo el 80, suceso que de ocurrir podría dejar descolocada a la izquierda por un período bastante largo.